

**SIMONE
DE BEAUVOIR**

Los mandarines



Los mandarines es sin duda la novela documental más importante que se haya escrito hasta ahora sobre los años de la posguerra francesa. Describe admirablemente la atmósfera cultural y política de la guerra fría, y el ambiguo y desgarrado papel de intelectuales y artistas que predicaban entonces la necesidad, dramática y cotidiana, de una nueva y auténtica moral fundada en la responsabilidad del hombre.

La novela gira alrededor de la vida de Enrique Perron y Ana Dubreuilh, dos intelectuales. Perron es un relevante escritor, también editor del periódico *L'Espoir*, que mantiene una infeliz relación con Paula. Ana Dubreuilh es una importante psicóloga, casada con Roberto Dubreuilh, otro importante intelectual, con el que tiene una hija, Nadine. Se considera que Perron es Albert Camus, que Roberto es Jean-Paul Sartre, que Ana es la propia Simone de Beauvoir y que *L'Espoir* es en realidad el periódico *Combat*. Además, durante la obra se muestra la relación que tiene Ana con Lewis Brogan, un escritor norteamericano que representaba a Nelson Algren, uno de los romances que tuvo Simone de Beauvoir en Estados Unidos y a quién le dedicó el libro una vez fue publicado.

A Nelson Algren

Capítulo I

I

Enrique lanzó una última mirada hacia el cielo: un cristal negro. Mil aviones desgarrando ese silencio, era difícil de imaginar; sin embargo, las palabras se entrechocaban en su cabeza con ruido triunfal: ofensiva detenida, derrota alemana, voy a poder partir. Al llegar a la esquina dobló. Las calles olerían a aceite ya azahares, la gente conversaría en las terrazas iluminadas y él tomaría café auténtico al son de las guitarras. Sus ojos, sus manos, su piel tenían hambre; ¡qué largo ayuno! Subió lentamente la escalera iluminada.

—¡Por fin! —Paula lo oprimió como si lo hubiera recordado después de largos peligros; por encima del hombro de ella, él miró el árbol de Navidad reflejado al infinito por los grandes espejos; la mesa estaba cubierta de platos, de vasos, de botellas; ramas de muérdago y de acebo yacían amontonadas al pie de un escabel; él se desprendió de ella y tiró su gabán sobre el sofá.

—¿Has oído la radio? Hay buenas noticias.

—Ah, pronto, cuéntame. —Ella nunca escuchaba la radio; sólo de boca de él quería oír las noticias.

—¿No has notado cómo está de clara la noche? Se habla de mil aviones en la retaguardia de von Rundstedt.

—¡Dios mío! Entonces no volverán.

—Nunca se trató de que volvieran.

Para ser sincero, esa idea también había cruzado por su mente.

Paula sonrió misteriosamente:

—Yo había tomado mis precauciones.

—¿Qué precauciones?

—En el sótano, al fondo, hay una piecita; le pedí a la portera que la vaciara; te hubieras escondido ahí.

—No debiste hablar de eso con la portera; así se crean los pánicos.

Ella apretaba con la mano izquierda los flecos de su chal como si estuviera protegiéndose el corazón.

—Te hubieran fusilado —dijo—. Todas las noches los oigo: golpean, abro, los veo.

Inmóvil, los ojos entreabiertos, parecía verdaderamente oír voces.

—No ocurrirá —dijo Enrique alegremente.

Ella abrió los ojos y dejó caer las manos.

—¿La guerra ha terminado realmente?

—Ya falta poco. —Enrique instaló el escabel bajo la gruesa viga que cruzaba el cielo raso—. ¿Quieres que te ayude?

—Los Dubreuilh van a venir a ayudarme.

—¿Por qué esperarlos?

Tomó el martillo; Paula puso su mano sobre el brazo de él:

—¿No trabajas?

—Esta noche no.

—Todas las noches dices lo mismo. Ya hace más de un año que no escribes nada.

—No te inquietes: tengo ganas de escribir.

—Ese diario te toma demasiado tiempo; mira la hora en que vuelves. Estoy segura de que no has comido nada; ¿no tienes hambre?

—Por el momento, no.

—¿No estás cansado?

—Pero, no...

Tras esos ojos que lo devoraban con solicitud, él sentía un gran tesoro frágil y peligroso: era lo que lo cansaba. Se

encaramó sobre el escabel y se puso a golpear contra un clavo con golpecitos prudentes: la casa no era nueva.

—Hasta puedes decir lo que escribiré: una novela alegre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Paula con voz inquieta.

—Sólo lo que digo: tengo ganas de escribir una novela alegre.

Por poco hubiera inventado inmediatamente esa novela; le habría divertido elaborarla en voz alta, pero Paula clavaba sobre él una mirada tan intensa que calló.

—Pásame esa gran rama de muérdago.

Colgó con precaución la bola verde salpicada de pintas blancas y Paula le tendió otro clavo. Sí, la guerra había terminado; al menos para él; esta noche era una fiesta de verdad, la paz comenzaba, todo renacía: las fiestas, los ocios, el placer, los viajes, quizá la dicha, seguramente la libertad. Terminó de colgar a lo largo de la viga el muérdago, el acebo, las guirnaldas de papel.

—¿Está bien? —preguntó bajando del escabel.

—Está perfecto. —Ella se acercó al pino, enderezó una vela—: ¿Si no hay más peligro vas a irte a Portugal?

—Naturalmente.

—¿Tampoco trabajarás durante ese viaje?

—Supongo que no.

Ella manoseaba con aire vacilante una de las bolas doradas que pendían de las ramas, y él dijo las palabras que ella esperaba:

—Lamento no llevarte.

—Sé muy bien que no es por tu culpa. No te preocupes; cada vez tengo menos ganas de recorrer el mundo. ¿De qué sirve? —Sonrió—. Te esperaré; esperar en la certidumbre no resulta aburrido.

Enrique sintió ganas de reír: ¿de qué sirve? ¡Vaya una pregunta! Lisboa. Porto. Cintra. Coimbra. ¡Qué lindos nombres! Y ni siquiera necesitaba pronunciarlos para sentirse lo-

co de alegría. Le bastaba decirse: ya no estaré aquí; estaré en otra parte. En otra parte. Era una palabra todavía más hermosa que los más hermosos nombres.

—¿No vas a vestirte? —preguntó.

—Ya voy.

Ella subió la escalera interior y él se acercó a la mesa. Pensándolo bien, tenía hambre, pero en cuanto confesaba algún apetito la inquietud devastaba los rasgos de Paula; extendió una tajada de paté sobre una rebanada de pan y empezó a comer. Se dijo con decisión: «Al volver de Portugal iré a instalarme en el hotel». ¡Es tan agradable volver por la noche a una habitación donde nadie lo espera a uno! Aun en la época en que estaba enamorado de Paula, siempre había querido tener sus cuatro paredes para él. Pero entre el 39 y el 40 Paula se desplomaba noche a noche, muerta, sobre su cadáver atrocemente mutilado; cuando él le había sido devuelto vivo, ¿cómo atreverse a negarle algo?, y además el toque de queda hacía que esta combinación resultara cómoda. Ella le decía: «Siempre podrás irte»; pero todavía no había podido. Tomó una botella y hundió el tirabuzón en el corcho crujiente. En un mes Paula se habría habituado a vivir sin él; y si no se habituaba tanto peor. Ya Francia no era una prisión, las fronteras se abrían, la vida no debía ser más una prisión. Cuatro años de austeridad, cuatro años ocupándose de los demás; es mucho, es demasiado. Ya era hora de ocuparse un poco de sí mismo. Y para eso necesitaba estar solo y estar libre. No es fácil recobrase al cabo de cuatro años; había un montón de cosas que tenía que aclarar. ¿Cuáles? Bueno, no lo sabía exactamente, pero ahí, mientras paseara por las callejuelas que huelen a aceite, tratarla de ver claro. De nuevo le palpité el corazón: el cielo sería azul, la ropa flotaría en las ventanas. Caminaría, las manos en los bolsillos, como turista, en medio de personas que no hablaban su idioma y cuyos problemas no le concernían. Se dejaría vivir, se sentiría vivir: quizá eso bastara para aclararlo todo.

—¡Qué bien! ¡Has destapado todas las botellas! —Paula bajaba la escalera con pasitos suaves.

—Decididamente te has consagrado al violeta —dijo él sonriendo.

—¡Pero tú adoras el violeta! —Él adoraba el violeta hacía diez años: diez años es mucho—. ¿No te gusta este vestido?

Él se apresuró a contestar:

—Sí, es precioso. Pero pensaba que hay otros colores que te quedarían bien: el verde, por ejemplo —concluyó al azar.

—¿El verde? ¿Me ves vestida de verde?

Se había plantado ante uno de los espejos con aire desamparado; ¡era tan inútil!; de verde o de amarillo, nunca la recobraría tal como diez años antes la había deseado, cuando ella le había tendido con ademán indolente sus largos guantes violeta. Él le sonrió:

—Ven a bailar.

—Sí, bailemos —dijo ella con una voz tan ardiente que congeló a Enrique.

Su vida en común había sido tan opaca durante ese último año que hasta Paula parecía haberle perdido el gusto; pero había cambiado bruscamente a principios de septiembre; ahora, en todas sus palabras, sus besos, sus miradas, había un estremecimiento apasionado. Cuando la tomó en sus brazos, ella se pegó a él y murmuró:

—¿Recuerdas la primera vez que bailamos juntos?

—En la Pagoda, sí; me dijiste que bailaba muy mal.

—Era el día en que te revelé el Museo Grévin; tú no conocías el Museo Grévin, no conocías nada —dijo con voz enternecida. Apoyó su frente contra la mejilla de Enrique—: Estoy viéndonos.

Él también volvía a verse. Se habían encaramado sobre un zócalo en medio del Palacio de los Espejos y por todos lados alrededor de ellos su pareja se había multiplicado al infinito entre los bosques de columnas: «Dime que soy la

más linda de todas las mujeres». «Eres la más linda de todas las mujeres». «Y tú serás el hombre más glorioso del mundo». Volvió los ojos hacia uno de los grandes espejos: la pareja enlazada se repetía al infinito a lo largo de una avenida de pinos y Paula le sonreía con aire maravillado. ¿No se daba cuenta acaso que ya no formaban la misma pareja?

—Han golpeado —dijo Enrique. Se precipitó hacia la puerta; eran los Dubreuilh cargados de cestos y de paquetes; Ana oprimía entre sus brazos un ramo de rosas y Dubreuilh llevaba sobre el hombro enormes racimos de pimientos rojos; Nadine los seguía con aire hosco.

—¡Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad!

—¿Saben la noticia? Por fin la aviación acertó.

—Sí, mil aviones.

—Los limpiaron.

—Esto es el fin.

Dubreuilh dejó sobre el diván la brazada de frutos rojos:

—Para que decoren su burdelcito.

—Gracias —dijo Paula sin entusiasmo. Le fastidiaba que Dubreuilh llamara burdel a ese estudio: a causa de todos esos espejos y de esas cortinas rojas, decía. Inspeccionaba la habitación.

—Hay que colgarlos de la viga del centro; quedará más bonito que ese muérdago.

—Me gusta el muérdago —dijo Paula con voz firme.

—Es tonto el muérdago, es redondo, es histórico; y además es un parásito.

—Cuelguen los pimientos en lo alto de la escalera, a lo largo de la balaustrada —sugirió Ana.

—Aquí quedaría mucho mejor —dijo Dubreuilh.

—No cedo mi muérdago ni mi acebo —dijo Paula.

—Bueno, bueno, está en su casa —dijo Dubreuilh; llamó a Nadine—: Ven a ayudarme.

Ana desembalaba chicharrones, manteca, quesos, pasteles...

—Esto es para el ponche —dijo colocando sobre la mesa dos botellas de ron. Puso un paquete en manos de Paula—. Toma, es tu regalo; y esto es para usted —dijo tendiéndole a Enrique una pipa de barro, una garra de pájaro sosteniendo un huevito; exactamente la pipa que Luis fumaba quince años atrás.

—Es formidable; hace quince años que tengo ganas de una pipa como ésta. ¿Cómo lo adivinó?

—Porque usted me lo dijo.

—¡Un kilo de té! Me salvas la vida —exclamó Paula—; y qué aroma: ¡té verdadero!

Enrique se puso a cortar rebanadas de pan; Ana las untaba con manteca y Paula agregaba los chicharrones mientras observaba ansiosamente a Dubreuilh que introducía los clavos a grandes martillazos.

—¿Saben lo que falta aquí? —le gritó a Paula—. Una gran araña de caireles. Voy a conseguirle una.

—Pero yo no quiero.

Dubreuilh colgó los racimos de pimientos y bajó la escalera.

—No está mal —dijo examinando su trabajo con ojo crítico.

Se acercó a la mesa y abrió un paquetito de especies; hacía años que en todas las ocasiones confeccionaba ese ponche, cuya receta había traído de Haití. Apoyada en el pasamanos, Nadine mordisqueaba un pimiento; a los dieciocho años, a pesar de sus vagabundeos en las camas francesas y americanas, todavía parecía estar en plena edad ingrata.

—No comas el decorado —le gritó Dubreuilh. Vació una botella de ron en la ensaladera y se volvió hacia Enrique—: Anteayer me encontré con Samazelle y me alegro porque parece dispuesto a marchar con nosotros. ¿Usted está libre mañana a la noche?

—No puedo dejar el diario antes de las once —dijo Enrique.

—Pase a las once —dijo Dubreuilh—. Tenemos que discutir el caso y me gustaría que usted estuviera presente.

Enrique sonrió:

—No veo bien por qué.

—Le dije que usted trabajaba conmigo, pero su presencia tendrá más peso.

—No creo que para un tipo como Samazelle tenga mucha importancia —dijo Enrique siempre sonriendo—. Debe saber muy bien que no soy un hombre político.

—Pero piensa como yo que no hay que abandonar la política a los políticos —dijo Dubreuilh—. Venga aunque sea un momento; Samazelle tiene un grupo interesante detrás de él, tipos jóvenes, los necesitamos.

—¡Escuchen, no van a seguir hablando de política! —dijo Paula con voz enojada—. Esta noche es fiesta.

—¿Y qué hay con eso? —dijo Dubreuilh—. ¿Los días de fiesta está prohibido hablar de lo que a uno le interesa?

—Pero ¿por qué se empeña en embarcar a Enrique en esta historia? —dijo Paula—. Ya se agota bastante y le ha dicho veinte veces que la política le aburre.

—Ya sé, usted me considera como a un vicioso que trata de pervertir a sus compañeritos —dijo Dubreuilh sonriendo—. Pero la política no es un vicio, preciosa, ni un juego de sociedad. Si estallara una nueva guerra dentro de tres años, usted sería la primera en quejarse.

—Eso es un chantaje —dijo Paula—. Cuando esta guerra haya acabado de terminar nadie tendrá ganas de empezar otra.

—¿Usted cree que cuentan las ganas de la gente? —dijo Dubreuilh.

Paula iba a contestar, pero Enrique la interrumpió:

—Verdaderamente —dijo—, no es cuestión de mala voluntad, pero no tengo tiempo.

—El tiempo nunca falta —dijo Dubreuilh.

—A usted no —dijo Enrique riendo—, pero yo soy un ser normal, no puedo trabajar veinte horas seguidas ni privarme de sueño durante un mes.

—¡Ni yo tampoco! —dijo Dubreuilh—. Ya no tengo veinte años. No se le pide tanto —agregó, probando el ponche con aire inquieto.

Enrique lo miró alegremente: con veinte años u ochenta, Dubreuilh siempre parecería igualmente joven a causa de esos ojos enormes y risueños que lo devoraban todo. ¡Qué fanático! En comparación, Enrique se inclinaba a menudo a juzgarse disipado, haragán, inconsistente; pero era inútil forzarse. A los veinte años admiraba tanto a Dubreuilh que se había creído obligado a imitarlo; resultado: siempre tenía sueño, se llenaba de drogas, caía en la imbecilidad. Era necesario acatar su realidad; privado de ocios perdía el gusto de vivir y al mismo tiempo el de escribir, se transformaba en máquina. Durante cuatro años había sido una máquina; ahora le importaba ante todo volver a ser un hombre.

—Me pregunto, ¿de qué puede servirle mi inexperiencia?

—Tiene sus buenos lados la inexperiencia —dijo Dubreuilh; esbozó una sonrisita—: Y además a la hora actual tiene un nombre que representa mucho para mucha gente —su sonrisa se acentuó—: Samazelle se arrastró antes de la guerra por todas las fracciones y fracciones de fracciones, pero no es por eso que quiero tenerlo, sino porque es un héroe del maquis, su nombre impresiona.

Enrique se echó a reír: nunca Dubreuilh le parecía tan ingenuo como cuando quería ser cínico; Paula tenía razón de acusarlo de chantaje; si creyera en la inminencia de una tercera guerra no estaría de tan buen humor. La verdad es que veía abrirse posibilidades de acción y ardía en ganas de explotarlas. Enrique se sentía menos entusiasta. Evidentemente, había cambiado desde el 39. Antes era de izquierda porque la burguesía lo asqueaba, porque la injusti-

cia lo indignaba, porque consideraba a todos los hombres como a hermanos: hermosos sentimientos generosos que no lo obligaban a nada. Ahora sabía que si quería verdaderamente desolidarizarse con su clase tenía que pagar con su persona. Malefilatre, Bourgoïn, Picard habían dejado el pellejo a la vera del bosquecito, pero él pensaría siempre en ellos como en personas vivas. Se había sentado con ellos ante un guiso de conejo, bebían vino blanco, y sin creer mucho en ello hablaban del porvenir: cuatro pichones; pero después de la guerra serían de nuevo un burgués, un campesino, dos metalúrgicos; Enrique había comprendido en ese instante que ante los ojos de los otros tres y ante los suyos él representaría un privilegiado más o menos vergonzante, pero consentido; ya no sería uno de ellos; para seguir siendo su compañero no habría más que un camino: continuar haciendo cosas con ellos. Lo había comprendido todavía mejor cuando en el 41 había trabajado con el grupo de Bois-Colombes; al principio no había sido fácil. Flamand lo exasperaba repitiendo todo el tiempo: «No puedes comprender, yo soy un obrero, razono como un obrero». Pero gracias a él Enrique había tocado con el dedo algo que antes ignoraba y cuya amenaza siempre sentiría en adelante: el odio. Lo había desarmado: en la acción común lo habían reconocido como aun camarada; pero si volvía a ser un burgués indiferente, el odio renacería con todo derecho. A menos de probar lo contrario, era un enemigo para centenares de millones de hombres, un enemigo de la humanidad. Él no quería eso a ningún precio: haría sus pruebas. La desgracia era que la acción había cambiado de faz. La resistencia era una cosa, la política otra. La política estaba lejos de apasionar a Enrique. Él sabía lo que significaba un movimiento como el que encaraba Dubreuilh: comités, conferencias, congresos, mítines, se habla, se habla; y hay que maniobrar sin fin, transigir, aceptar compromisos que cojean; tiempo perdido, concesiones rabiosas, tedio sombrío: nada más repelente. Dirigir un dia-

rio, eso era un trabajo que le gustaba; pero, evidentemente, una cosa no impedía la otra, y hasta las dos se completaban; imposible utilizar *L'Espoir* como pretexto. No, Enrique no se sentía con derecho a desertar, trataría solamente de limitar las pérdidas.

—Mi nombre, algunos actos de presencia, no puedo negarle eso —dijo—. Pero no hay que pedirme mucho más.

—Ciertamente le pediré más —dijo Dubreuilh.

—En todo caso, no en seguida. De aquí a mi partida estoy loco de trabajo.

Dubreuilh plantó su mirada en los ojos de Enrique:

—¿Marcha ese proyecto de viaje?

—Más que nunca. Tres semanas a más tardar y me voy.

Dubreuilh dijo con voz fastidiada:

—Eso no es serio.

—¡Ah!, por supuesto —dijo Ana—. Si tuvieras ganas de ir a pasear irías y explicarías que es la única cosa inteligente que se puede hacer.

—Pero no tengo ganas, ésa es mi superioridad —dijo Dubreuilh.

—Debo confesar que eso de los viajes me parece un mito —dijo Paula; le sonrió a Ana—: Una rosa que tú me traes me da más que los jardines de La Alhambra después de quince horas de tren.

—¡Ah!, puede ser apasionante un viaje —dijo Dubreuilh—; pero en este momento es todavía más apasionante estar aquí.

—Y bien, yo tengo tantas ganas de estar en otra parte que si fuera necesario partiría a pie con los zapatos llenos de garbanzos —dijo Enrique.

—Y *L'Espoir*, ¿lo planta así durante un mes entero?

—Lucio se arreglará muy bien sin mí —dijo Enrique.

Los miró a los tres con asombro. «¡No se dan cuenta! Siempre las mismas caras, el mismo decorado, las mismas conversaciones, los mismos problemas; por más que cambie, siempre es lo mismo: al final uno se siente un muerto

en vida. La amistad, las grandes emociones históricas, él había apreciado todo eso en su valor; pero ahora tenía necesidad de otra cosa: una necesidad tan violenta que hubiera sido irrisorio tratar de explicarlo».

—¡Feliz Navidad!

La puerta se abría: Vicente, Lambert, Sézenac, Chancel, todo el equipo del diario. Traían botellas y discos, sus mejillas estaban enrojecidas por el frío, cantaban a voz en cuello la cantinela de las jornadas de agosto:

*No los veremos más,
se acabó, están jorobados.*

Enrique les sonrió alegremente; se sentía tan joven como ellos y al mismo tiempo tenía la impresión de haberlos creado un poco a todos. Se puso a cantar con ellos; de pronto la electricidad se apagó, el ponche ardía, las luces de bengala crepitaban, Lambert y Vicente cubrían a Enrique de chispas; Paula encendía en el árbol de Navidad las velas infantiles.

—¡Feliz Navidad!

Llegaban por parejas, por grupos; escuchaban la guitarra de Jango Reinhardt, bailaban, bebían, todos reían. Enrique enlazó a Ana y ella dijo con voz emocionada:

—Es lo mismo que la víspera de la invasión; el mismo lugar, la misma gente.

—Sí. Y ahora se acabó.

—Para nosotros, se acabó —dijo ella.

Él sabía lo que ella pensaba: en ese momento aldeas belgas ardían, el mar inundaba las praderas holandesas. Sin embargo, aquí era una noche de fiesta: La primera Navidad en paz. Es necesario que alguna vez sea fiesta, si no, ¿para qué servirían las victorias? Era fiesta; él reconocía ese olor del alcohol, del tabaco y del polvo de arroz, el olor de las noches largas. Mil juegos de aguas color de arco iris danza-